

sin hipocresías ni malas conciencias, y, por otro, dejándose atar por la terrible soledad, por la belleza del discurso, por el implacable paso del tiempo. Por esa tentación de encierro que todos los poetas, desde hace doscientos años, han sentido en su carne. Y que al fin, es construcción de una desesperación y una angustia: las señales de nuestro tiempo. Pasolini bebe por ellas en las aguas de la Revolución. Y por ellas ha bebido también el turbio cauce de su muerte. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Nueva colección: "Ciencias, Humanidades e Ingeniería"

La semana pasada, el ingeniero y novelista Juan Benet presentó en Madrid la nueva colección de libros "Ciencias, Humanidades e Ingeniería", patrocinada por el Colegio Nacional de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Benet definió así los propósitos de la colección: "No pretendemos otra cosa que poner en manos del ingeniero una colección en la que poder incluir aquellas obras de su espíritu que puedan con pleno derecho perpetuar su apellido; en manos del público, una serie de textos de gran valor intrínseco, a la vez que promover una actividad más del Colegio a la altura de su prestigio, y para ello sólo pedimos un interés por esta colección que constituye una prueba bastante evidente y singular del apoyo de un organismo oficial al progreso cultural del país". Coincide, en efecto, esta presentación en Madrid con la importante exposición Cerdá en Barcelona, continuación de la serie iniciada con la de Eiffel el año anterior, pruebas todas ellas de las actividades del Colegio en esta nueva etapa de la presidencia de J. A. Fernández Ordóñez, que no siempre ha sido calmosa.

Benet hizo una semblanza de la profesión a través de su experiencia personal como ingeniero. "La ingeniería es sólo una actividad mediadora", "no es más que un desarrollo intermedio en un proceso en el que ni su

origen ni su fin están determinados por ella", "yo creo que el ingeniero no está satisfecho con su profesión"... esta insatisfacción le lleva, en algunos casos, a escribir ("El ingeniero es uno de los profesionales que más escribe... y sospecho que sólo vea la luz una mínima fracción de lo mucho que lleva al papel esta honrada profesión que entre todas se distingue por su afición a la pluma").

Joaquín Costa ("el gran fracasado" de Ciges Aparicio) y Casiano de Prado (un ingeniero aquejado de la funesta manía de discurrir al que la Inquisición trató de curársela con la medicina carcelaria) son los iniciadores de la colección.

De Costa se reedita ahora su "Política Hidráulica", de 1911, con un interesante apéndice donde se incluyen treinta cartas a su amigo Mariano Molina. De Casiano de Prado, su "Descripción física y geológica de la provincia de Madrid", publicada por vez primera hace más de un siglo y vigente todavía tanto por sus cualidades científicas como por la calidad de su escritura.

En el mismo acto se presentó también la documentada obra de Aurelio Ramírez Gallardo, "Supervivencia de una obra hidráulica. El acueducto de Segovia". ■

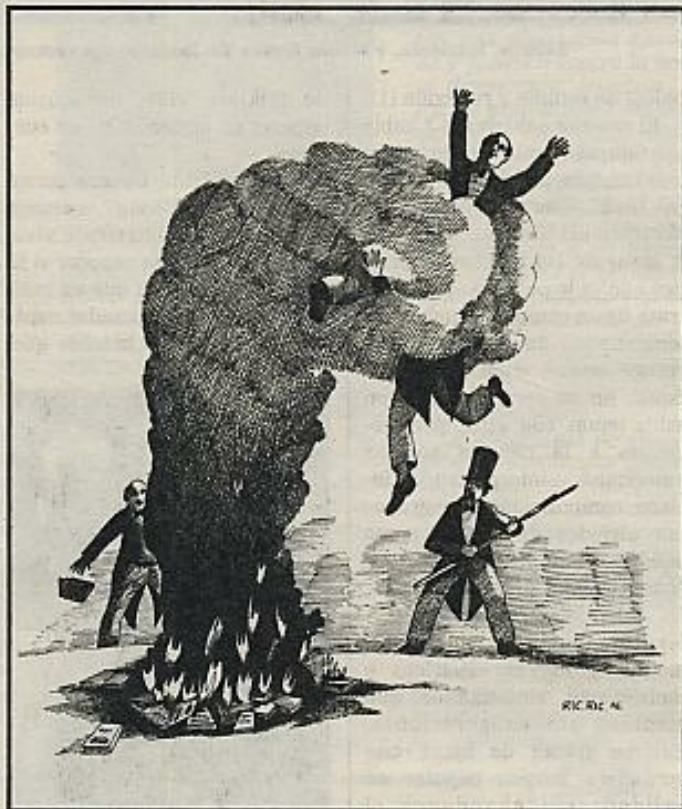


Tres enfoques de la música folklórica

El lenguaje de los medios de comunicación de masas, cada vez más confuso, cada vez más ambivalente, nos ha dotado —en el terreno musical— con una serie de términos de ambiguo significado: por ejemplo, la palabra "popular" —apocopada en "pop"— o "folklórico" —y su correspondiente apócope, "folk"— tienen poco que ver con su primitivo significado, que es,

en definitiva, el mismo; música "pop" o "folk", siempre es música popular. Si afinamos un poco, tal vez podríamos decir que el "folk" era, primitivamente, la música hecha por el pueblo, y el "pop" la que una industria y un sistema fabrican para el pueblo. En cualquier caso, debería estar claro que estas dos formas de concebir la música se alejan del elitismo, tienen un

salón de actos del Colegio Mayor Elías Ahuja. El Mester se ha tomado la música folklórica como campo de investigación, y hacen su propia "Misión Rescate" recorriendo pueblos y recogiendo variantes de canciones populares, que luego interpretan. Su labor es, sin duda, por completo necesaria y laudable, si no queremos que un modo de hacer música popular se pierda;



alcance y una riqueza de significado —añadida a una simplicidad en la forma— mucho más amplios que la música elitista, encerrada en salas de conciertos y en capillas de iniciados. Bien, pues al parecer, tampoco es eso: la música llamada "pop" —o una de sus vertientes— se engolfa cada vez más en la experimentación, tratando de acercarse a formas "clásicas", aristocráticas en cierto sentido —en el peor de los sentidos—. Y el folklore se convierte en pasatiempo de eruditos o labor de etnólogos, que hacen del cancionero popular objeto de reflexiones eruditas.

El grupo Nuevo Mester de Juglaría puede ser un ejemplo de esto último. Los escuché el pasado domingo, día 8, en el

puede decirse que son, en principio, un bastión alzado contra el manoloescobarismo que nos invade. Sin embargo, su forma fría —doctoral— de plantearse el folklore, hace a éste un flaco servicio; los chicos del Mester, todos ellos universitarios, interpretan para un público también universitario, con una seriedad poco compatible con la fiesta que se supone debería ser siempre un recital de música popular. Su corrección musical es excesiva, su celo investigador, mucho, y su capacidad de comunicación en el terreno artístico —como ocurre con otro interesante folklorista, Joaquín Díaz—, demasiado pequeña. Presentan —que a pesar suyo— el folklore popular como algo muerto y frío, ▶



Euterpe, izquierda, y Nuevo Mester de Juglaría, dos concepciones distintas del "folk".

objeto de estudio y reflexión (1).

El anterior sábado día 7 había asistido al recital de un grupo que también podría denominarse "folk" —en la más amplia acepción del término—: Euterpe. A pesar de las muchas objeciones que se le podrían oponer, se trata de un conjunto mucho más vivo: tienen un álbum (2) que recoge temas populares españoles. En su recital alternaron estos temas con otros pertenecientes a la canción popular americana —interpretando incluso composiciones de grupos tan alejados del "folk" como puedan ser Jethro Tull o Yes— y composiciones suyas en castellano. Además, su equipo instrumental, bastante completo, incluye guitarras eléctricas e incluso un sintetizador que emplean sin exageraciones. Euterpe tratan de hacer una verdadera música popular de calidad; sin abandonar el material tradicional, lo renuevan, asimilando formas musicales pertenecientes al "pop" americano. Aunque su carrera es todavía muy corta, son un grupo dotado de una considerable madurez; se nota que están buscando un estilo propio, investigando nuevas formas, tratando de huir de las dos tentaciones contradictorias que son el excesivo apego a la tradición o el mimetismo exagerado de corrientes anglosajonas; pero esa búsqueda está bien encaminada. Esta es una manifestación

de folklore vivo, de música popular en acción, y no en conserva.

Pero hay una tercera forma de hacer "folk-song", canción del pueblo, absolutamente viva, y que es necesario conocer si se quiere entender de qué va realmente la canción popular española. Me refiero a la labor que,



Olga Ramos.

todas las noches, y sin alardear de erudición, hace Olga Ramos en El Último Cuplé (3). Olga Ramos es la última representante no adulterada de una larga tradición del folklore urbano madrileño: interpreta cuplés de los años veinte y toca el violín en el más puro estilo del "café-concert". Conoce profundamente la materia, pues lleva largos

(3) El Último Cuplé está situado en la calle de la Palma, número 51. Olga Ramos ha publicado dos LPs (Movieplay). Sin embargo, resulta mucho más interesante escucharla en directo —a pesar de la calidad de sus grabaciones—: muchas de las canciones tienen las letras cambiadas por asuntos de censura —son algo "sicallpáticas"—, y el espectáculo es también visual.

años en ese difícil oficio que es el de divertir a la gente. Pero ni su música ni su espectáculo son estereotipados ni —a pesar de estar lo que hace "pasado de moda"— cae en el campismo ni en la autocaricatura degradante: su espectáculo está vivo, y la comunicación con el público —un público no solamente compuesto de nostálgicos, sino también de gente joven— es absoluta: improvisa letras, sin deformar las originales, hace chistes y parece divertirse tanto como quienes la van a ver.

Se tiende a confundir la música folklórica con la música puramente rural o con el flamenco; se olvida así el tango argentino, la música de los "chansonniers" franceses, el "blues" urbano... y el cuplé, canción del pueblo, con letras basadas en hechos de la vida cotidiana, o incluso en noticias extraídas de los periódicos. Se olvida, o se tiende a despreciar —en busca de una absurda pureza— la labor de gente como Olga Ramos, que está ahí, como ejemplo vivo de lo que puede ser una canción popular bien entendida. ■ EDUARDO HARO IBARS.



Chailot: En busca de una sala contemporánea

El estreno de "Divinas palabras", de Valle-Inclán, en la

nueva sala del teatro Chailot, de París, ha constituido un acontecimiento en la vida cultural francesa.

En mi caso, prefiero comentar otro hecho, de gran interés —y, por lo tanto, polémico— suscitado a raíz del estreno de "Divinas palabras" por Nuria Espert en el TNP, pero ajeno al espectáculo. Me refiero a las características revolucionarias de la nueva sala, sobre la que se han producido los más dispares y radicales pronunciamientos, tanto en letra impresa como en la comidilla de las gentes del teatro parisiense. Si se tratara de una propuesta que redujera su novedad a términos sustancialmente decorativos, es obvio que no valdría la pena, más allá del ámbito local, ocuparse del tema. Pero es el caso que la sala, construida durante el breve periodo en que Jack Lang tuvo a su cargo la dirección de Chailot, contiene una serie de propuestas enormemente incitantes para el teatro moderno. Si decimos que se trata de un inmenso vacío cúbico, dotado de todos los elementos necesarios para modificar la disposición, medida y nivel de los habituales espacios —fundamentalmente, el espacio del público y el espacio de la representación—, no habremos sino expresado una mínima parte del tema. Si la nueva sala fuera, simplemente, una sala "transformable", la polémica estaría de más, puesto que a nadie le amarga contar con un teatro que pueda acomodarse a sus necesidades. El problema es más agudo. Porque la sala, en las líneas rectas de su arquitectura, en la creación del aparato tecnológico que la transforma, en su desnudez metálica y hasta en el negro dominante de sus elementos, nos "saca" de inmediato de la tradición teatral y nos plantea la pregunta de cómo debería ser un teatro de nuestro tiempo. En principio, quizá parece una simple paradoja. De un lado, cuando entramos en la sala —que tiene reminiscencias de estudio cinematográfico—, sentimos que ese es, al fin, el espacio cultural que corresponde a un teatro de hoy; luego, cuando comenzamos a pensar en espectáculos concretos, nos